

CABALLOS SALVAJES

Miren ahí, queridos espectadores, no, a la izquierda, no, en el frondoso bosque, no. Miren hacia la derecha, en el barranco tampoco, más al centro, en la explanada. Ahí ¿pues no los ven? Los caballos salvajes dando vueltas en un sentido y en otro, llevados por un movimiento febril, como las abejas en su colmena. Y entre los caballos ¿Acaso no lo distinguen? Sí, entre las robustas patas de los asturcones, hay un niño de apenas cinco años, que se ha escapado de su casa para llevar a los cuadrúpedos, sin que los mayores lo sepan, a su hogar. Un niño de temperamento asilvestrado que tiene por nombre Beninín. Sale del baile de fuertes patas y va delante ordenando a voces a los caballos que le sigan hasta su casa: una edificación solitaria, al borde del barranco, en una braña vaqueira. Llega, dominando a los caballos salvajes, y su madre, al verlo, casi se muere del susto. Coge fuerte a su hijo por una mano y lo arrastra al interior de la planta baja de la casa, donde está la amplia cocina. Le da un beso muy grande a la vez que lo riñe con gran severidad para, después, salir de la cabaña y espantar con una gran vara a los caballos salvajes, ordenándoles que vuelvan otra vez al bosque. De nuevo, la madre entra en la casa y ve a su hijo llorando con la cabeza agachada en una esquina. Es, entonces, cuando recuerda a su retoño, recién nacido, en el torno del hospicio y cómo una monja de voz aséptica le atiende al otro lado de donde ella se encuentra, sin que pueda ver nada, solo oscuridad, como la oscuridad que reina en su vida y que le ha llevado a tomar tal decisión ¿Por qué, a pesar del gran corazón que le adorna, toma ese dramático camino del que poco después se arrepentiría? Pues porque Beninín es un hijo natural, concebido fuera del matrimonio, ya que ella estaba viuda de su

cuarto marido; los cuatro, por extraño que parezca, se fueron muriendo entre los brazos de esta gran belleza, que no valoraba en el hombre su físico sino sus buenas cualidades ante la vida, ya que, cómo ella decía, para guapa bastaba ella. Pero poco duró Beninín en el hospicio, pues su madre se arrepintió profundamente de lo hecho y enseguida sacó a su hijo por el torno para llevarlo al pueblo de donde ella era oriunda. Allí, en la braña vaqueira, llama a una vecina que había tenido un hijo recientemente y le pide que le dé también el pecho a su retoño, ante la imposibilidad de dárselo ella, a cambio de una suculenta suma de dinero. Y así es cómo Beninín sobrevive los primeros meses de su vida. Permanece en el pueblo cuatro años junto a su madre, alimentándose su fuerte temperamento de la naturaleza salvaje. Entre tantos momentos asilvestrados hay espacio para acompañar a su progenitora en el rezo del rosario, en cada casa del pueblo, ayudándola en tal menester al pasar las cuentas del mismo. También hay tiempo para interponerse entre sus familiares, cuando estos discuten, y ponerse a bailar y a cantar para acabar con la riña. Pero durante estos cuatro años, su madre se tiene que ausentar varias temporadas, pues está al servicio de una rica viuda de la capital de provincias, cuya pasión es viajar por todo el mundo. Es ,mientras su madre se encuentra en una de sus ausencias, como su hermana mayor, llevada por los celos, ya que Beninín era el favorito de su progenitora, lo lleva otra vez al hospicio, esta vez para quedarse ya definitivamente. A pesar de esta mala acción, los hermanastros y hermanastras del pueblo lo visitan con frecuencia mientras que Beninín se va convirtiendo poco a poco en el favorito de la madre superiora que dirige el hospicio. Un signo de la debilidad que siente la madre superiora por Beninín es el hecho de que, en cierto

momento, le compra unos preciosos y relucientes zapatos de charol con la intención de que el niño los lleve el domingo a misa; véanse los zapatos de charol en un plano detalle. Pero Beninín, haciendo gala de su carácter rebelde e indómito, se niega a ponérselos, pues no quiere que con él se haga cualquier tipo de distinción, lo que le vale una buena somanta de azotes por parte de la religiosa, azotes que, por otra parte, también recibe de la maestra en sus primeros años, ya que Beninín solo sabe hablar en asturiano, algo prohibido y muy mal visto en aquellos tiempos. Otro rasgo del niño a tener en cuenta es su fuerte temperamento. Tanto es así que en un momento de una de las clases a las que asiste se enfada con el profesor y le tira con todas sus fuerzas el tintero a este, ensuciándolo todo. Por otra parte, el niño comienza a tener clases impartidas por don Baudilio Arce, ilustre pedagogo ovetense, que colabora en la educación de los niños del hospicio, lo cual supone un lujo para estos desfavorecidos de la vida. A parte de este dato tan positivo, el colegio, en la época de la más tierna infancia del pupilo, estaba completamente muerto. Pasan los años hasta llegar a los diez de nuestro protagonista y es cuando estalla la tan temida Guerra Civil Española. Los hospicianos, ante el cerco de Oviedo, tienen que refugiarse de los bombardeos en los sótanos de las casas, corriendo de un lado para otro. Beninín, a causa de permanecer largo tiempo sufriendo de la humedad de los sótanos, padece de descomposición, que lo debilita en gran medida. Cuando, por fin, pueden escapar de Oviedo, se dirigen a Sestelo, un área recreativa cerca de Vegadeo, en el occidente asturiano, ya lindando con Galicia. Sestelo es una enorme edificación que hace nido en un llano rodeado de bosques y al lado de una presa de un pequeño río; deléitense del paisaje de Sestelo con un plano general

de la casa y de sus alrededores. Allí se alimentan con los productos del campo, por lo cual no pasan hambre, y al mismo tiempo reanudan sus clases con el capellán y ahora director de la institución, don Feliciano Redondo. Además de educar la mente también ejercitan el cuerpo, por lo que practican gimnasia y otros deportes, entre los cuales no puede faltar el más popular: el fútbol. Acabada la Guerra Civil, también finaliza su estancia en Sestelo, convirtiéndose ahora en director del hospicio don Baudilio Arce. El regreso a Oviedo supuso una mezcla de pena y alegría para todos los huérfanos de la residencia. Para muchos ya era el momento de encauzar sus vidas y entre estos muchos estaba Beninín, que por aquella época quería ser sastre, decisión que compartía con su protectora, la madre superiora. Pero el celador del orfanato soñaba con verlo consagrar la Sagrada Forma porque pensaba que el niño era muy buen chico y muy apreciado por los demás. Beninín aceptó entrar de lleno en el futuro sugerido por el ordenanza poniendo una condición: que el maestro que lo preparase para tan digno quehacer fuera don Baudilio Arce. Por aquella época Beninín era considerado un mal estudiante, por lo que entra en el seminario a la tercera vez, teniendo lugar ese refrán español tan conocido, el cual dice que a la tercera va la vencida. En el seminario a nuestro protagonista siguen considerándolo un mal discípulo en las materias intelectuales, por lo que el capellán de la residencia lo prepara, durante el verano, para que pase a segundo curso, hecho que se produce para alivio de todos. Ante el escollo de resultar mal estudiante, Beninín, con paciencia y humildad, decide ser autodidacta y estudiar por su cuenta como una hormiga; poco a poco. Y esta actitud meritoria da sus frutos. Realiza un examen de francés brillante, que no se le reconoce por el profesor don Rosendo, lo cual crea una rebelión en

un grupo de compañeros, que lo apoyan ante semejante injusticia. Y lo mismo ocurre en la prueba de latín, pues siguen sin atribuirle sus recientes adquiridos méritos intelectuales. Ante estas injusticias, su director espiritual se lava las manos como Pilatos, y no lo defiende. Pero llega el verano y con él una orden desde el papado que prohíbe acceder al sacerdocio a todo aquel que sea hijo natural. El rector del seminario le pide un encuentro, al que Benigno va muy triste. El rector, que luego será nombrado obispo, le enseña un informe del muchacho en el que se cuenta que posee ideas peligrosas para el sacerdocio, por resultar del todo revolucionarias para aquella época. En un gesto de generosidad y de cierta rebeldía, el rector coge el informe y, delante de Benigno, lo hace añicos mientras dice “donde no llaman van los perros”. Es entonces cuando el capellán del colegio mueve los hilos para que Beninín entre en La Orden de los Dominicos, ya que el chico tiene verdadera predilección por Santo Domingo de Guzmán, admiración nacida en gran medida por la lectura de su vida. Entra en el convento, concretamente en El Colegio Apostólico de Cangas de Narcea, conocido también por El Escorialín, ya que tiene el mismo número de ventanas que El Escorial, las de los días del año, y lo hace tras pasar por un examen que lo ubica en el quinto curso del programa de estudios. Este año fue el mejor de la vida de Beninín, pero antes de referirnos, queridos espectadores, a la vida como novicio dominico, si hacen el favor, sigamos con los avatares del seminario. Uno de ellos es el protestar porque en su cuarto hay una gotera, protesta que a los curas les parece una falta de sacrificio por parte del pupilo. Dicen que un santo no se incomodaría por ello. Otro contratiempo es el que tiene lugar en una de las clases, donde el profesor le pregunta la lección y Beninín dice que no la puede dar

porque ese día no ha comido, ya que es, a menudo, expulsado del comedor porque le acusan de hablar cuando no es verdad. Años más tarde el hombre, ya conocido por el nombre de Benigno, diría que en el seminario los profesores jugaban a hacer el papel del diablo para probar al novicio y macerarlo con el sufrimiento hasta que llegase a ser un santo, cosa que Benigno no entendía porque, como él decía, ya está el demonio bastante suelto haciendo de las suyas para que nos pongamos nosotros a comportarnos como malvados con el fin de santificar a los escogidos. Otra anécdota que merece la pena ser contada es una en la que Beninín sale de excursión con el resto de seminaristas por los verdes prados que adornan el paisaje de su estancia en el seminario. Sus compañeros, acompañados del vicerrector, se lanzan todos, excepto Beninín, sin el permiso del sacerdote, a una pumarada a coger manzanas. Cuando regresan de la salida, el vicerrector les amonesta y les obliga a que dejen todas las manzanas sobre una gran mesa. Entonces, delante de los seminaristas, el vicerrector ordena a Beninín que coja una manzana, la que más le guste. Este gesto, por parte del vicerrector con él, es un cierto reconocimiento que evidencia el carácter del muchacho, proclive a la santidad. También es digno de mención el asunto del concurso de poesía celebrado durante el segundo curso del seminario y en el cual Beninín participó. En dicho concurso, según contaría el protagonista, muchos años más tarde, él fue descalificado por copiar, hecho que era falso y que Beninín encaja con estoicismo diciendo que fue el primer y único concurso que ganó en su vida. Pero pasemos ahora a describir su vida en los dominicos. Beninín comienza con buen pie en la faceta intelectual. Hace un examen de quinto de latín brillante y con ello se desquita de las injusticias por las que tuvo que pasar

en el seminario. Por otra parte, el bueno de Beninín también arma alguna de vez en cuando. Por ejemplo, cierto día pasa con un compañero de la zona de los alumnos menores a la de los mayores. Para ello tienen que saltar una tapia, y Beninín se queda en el intento, colgado en el muro; véase la escena desde un contrapicado. Es entonces cuando un fraile lo pilla con las manos en la masa y le pide que le dé el nombre del compañero de fechoría, cosa que nuestro protagonista no hace, en un gesto de nobleza por su parte, por lo que le imponen un aun más severo castigo. A pesar de estos contratiempos, los frailes sienten un gran apego por el joven y es que Beninín tenía el espíritu de los dominicos: “se benigno con todos y familiar con ninguno”. El verano llega y con él el final del curso, pero antes los aspirantes a dominicos tienen que pasar un reconocimiento médico realizado por Fray Úbeda, un facultativo afamado de Madrid, que ingresó en la orden dominicana porque su novia de cuando era joven sufrió un accidente costándole la vida. Son cuatro aspirantes a dominicos los que no pueden quedar debido a que, según Fray Úbeda, no tienen la salud suficiente para soportar la clausura y entre ellos se encuentra nuestro Beninín. Sin saber aun la dura noticia, Beninín es llevado a la fuerza, en volandas, por sus compañeros, para decir unas palabras de despedida del curso en el atrio donde se predica y donde se leen libros santos mientras se come. El doctor Fray Úbeda certifica que el novicio sufre de cefaleas a causa del enclaustramiento. A pesar del informe del médico, a Beninín lo dejan estar en la institución más tiempo esperando que se pueda arreglar la tan delicada situación. Así, el Prior decide hacer una votación, con habas blancas y negras, sobre si el novicio debe de seguir permaneciendo en la orden, saliendo todas las habas

blancas. En toda la historia de la institución solo se da esa vez el que el resultado de la votación sea unánime. Ante este panorama, el Prior viaja a la casa madre, en Salamanca, con la intención de pedir que la norma por la que un informe médico es determinante a la hora de seguir en la clausura se retire, pero en vez de conseguir su objetivo lo que sucede es que le cae una grave reprimenda. Benigno se encontraría años después con otro de los cuatro alumnos sobre los que se tenía un informe médico negativo, que, este sí, consiguió permanecer en la orden gracias a poderosas influencias económicas y le cuenta que, al año después de tener el dictamen del doctor Fray Úbeda, le entró una tisis, por lo que tuvo que dejar de forma definitiva la clausura. Cuando Benigno oyó esto, entró en él un sentimiento de conformidad que le proporcionó una gran paz espiritual, donde el rencor y la inadaptación ya no tenían cabida. Pero, ¿qué está haciendo ahora nuestro protagonista? Pues Benigno, a la edad de diecinueve años, entra en El Instituto Alfonso II con la intención de hacer el bachiller y se matricula en el conservatorio para realizar la carrera de música. Benigno se convierte poco a poco en el líder del instituto y lucha contra todas las injusticias, una de ellas: el saludo falangista antes de entrar en clase, que Benigno nunca hace, sustituyéndolo por un “buenos días”. En el centro de estudios, con la llegada de Benigno, se establecen dos bandos: uno, el favorable hacia su persona, que lo engrosan todos los alumnos y todos los profesores excepto los cuatro siguientes que entran a formar parte del bando contrario: el profesor de latín, el de religión, el de espíritu nacional y la profesora de literatura. Uno de los rifirrafes que tiene Benigno es el coprotagonizado por el profesor de espíritu nacional. Benigno realiza el examen de esta materia y lo hace brillantemente, pero el

profesor lo suspende. Es entonces cuando Benigno le dice al profesor que va a hacer con ese examen lo que considere oportuno y así lo hace. Se lo lleva a don Baudilio Arce y este último se reúne con el profesor de la discordia, ya que son amigos. El profesor le dice a don Baudilio que el alumno es un chulo y don Baudilio convence a Benigno de que vaya al examen de repesca. Benigno hace otro nuevo examen, este muy mal redactado, a posta, y Julio, que así es cómo se llama el docente, lo aprueba llorando delante de toda la clase. Cuando don Baudilio se entera, al rebelde de Benigno casi le cae una torta. Hemos de decir también que Benigno no solo despunta en la clase de espíritu nacional, pues también es un buen alumno de francés. En una de las clases de este idioma, la profesora le manda que haga la traducción de un texto, ante la ignorancia del resto de alumnos, y Benigno traduce la oración al castellano: “el pote fumea”. La buena mujer se ríe y le dice a su pupilo que cómo es que escribe en castellano también y a la vez habla tan mal. Otra anécdota a tener en cuenta es cuando el profesor de física y química le quita a Benigno la tiza mientras este, con gran soltura, está explicando una fórmula química y le dice que él es el maestro, a lo que Benigno, quitándole a su vez la tiza al profesor para seguir explicando la fórmula, contesta: y yo el alumno. Por otra parte, el profesor de latín, don Benedicto, tiene una sustituta muy poco versada en la asignatura y a la que Benigno ayuda en lo que puede con mucho gusto. Pero si a esta mujer la ayuda, no así se presta a apuntar a los alumnos torpes y enchufados porque es el profesor el que quiere que haga esto y a él le parece una gran injusticia. Otro profesor del Instituto, cuyo mote es el de Aníbal, por ser un hombre rudo y de una gran fuerza física, además de tener un endemoniado carácter cada vez que entra en

clase, lanza, desde la puerta, su carpeta hacia su mesa y esta da unos cuantos giros sobre sí misma antes de quedarse quieta. Este tal Aníbal tiene a todo el alumnado acoquinado y especialmente durante una larga temporada en la que se le agrió el carácter más aun si cabe por tener problemas con su novia, una muchacha muy bonita que trabaja en la administración del centro. Ante el insoportable mal humor del profesor, a Benigno se le ocurre que todos los alumnos le compren un regalo a la bella señorita. Fue hecho y el resultado no pudo ser mejor, pues el gran genio de Aníbal se convirtió en el pequeño ladrido de un perrito faldero. En esta época, Benigno trabaja en la administración de la residencia y tiene que dejar el instituto porque le falta tiempo para acometer todas las actividades en las que está inmerso. Una de ellas es la inclusión en la banda de música del colegio. En el conservatorio, Saturnino del Fresno dice de él que posee un oído prodigioso y en el orfanato, es muy estimado por doña Joaquina, su profesora de piano. Por otra parte, Benigno y el actual director de la institución se llevan como el perro y el gato. El joven es nombrado funcionario administrativo, pero el director lo emplea como ordenanza. Dicho demérito se realiza porque un ordenanza se queda de baja y el director, con no muy buenas intenciones, obliga a Benigno a que desempeñe este puesto. Nuestro protagonista lo lleva a juicio, juicio que acaba por perder. Por aquella época, Benigno deja de vivir en el colegio y se muda a una pensión en la calle San Bernabé. Y llega la festividad de San Fernando, festividad de los alumnos de la institución. El director no quiere invitar al presidente de la región, pero Benigno, que lidera un bando frente al director, sí quiere que vaya tan alto dignatario a la fiesta. Es cuando se presenta delante de la autoridad y le invita al acontecimiento esperado. El director

ante esta invitación, quiere adelantar la hora de la festividad el día de la misma, para que no aparezca el presidente. Pero Benigno dice que no se puede porque hay una misa solemne y es entonces cuando el capellán apoya la postura de Benigno. Hemos de decir que Benigno establece con su carisma dos bandos, como ya nos tiene acostumbrados: el del presidente, que es un corrupto y un inútil, y el suyo, que pretende dar un nuevo aire a la institución. Llega el día de la festividad en el que el presidente es recibido por el director y por Benigno, que, en nombre de los alumnos, le da unas palabras de bienvenida muy bien dichas. En la fiesta se celebra una misa, hay un concierto y luego una exposición de pinturas hechas por los hospicianos. El presidente se queda maravillado ante los dibujos de Rubén Darío, un joven brillante y Benigno le sugiere al presidente que se le dé una beca para estudiar en La Escuela de San Fernando y así sucede. Por aquella época, don Baudilio Arce le sugiere, a Benigno, que curse la carrera de maestro, pero él rechaza la idea porque quiere ponerse cuanto antes a trabajar. En esos momentos es el comandante Alamán el que ejerce de director del hospicio y es el que le da a Benigno un puesto de trabajo: profesor de deporte del colegio, además de nombrarlo su mano derecha. Con esta jugada, Alamán desplaza muy hábilmente al sacerdote que, hasta la fecha, era encargado de los deportes. Con Alamán, organiza torneos de varias disciplinas, entre los que reina, como no, el fútbol. Además también hay competiciones de baloncesto e, incluso, de Jokey sobre patines. Es así como Benigno también se encarga de la compra del material deportivo. Mientras, hay una exposición de arte al finalizar el año en curso, donde se incluyen áreas como la pintura, la fotografía y la poesía, organizada por el director y por él. A la vez existe una revista, fundada por don

Baudilio Arce, llamada El Ideal de la Juventud, en la que Benigno participa dirigiéndola durante buena parte de su historia. Es así cómo a Benigno se le reconoce como empleado de la residencia. Por otra parte, se instala en la pensión de la Calle San Bernabé, pero no está a gusto en ella y va rodando de una en otra, ya que no acaba de sentirse cómodo en ninguna. Le da por opositar para auxiliar de enfermería, pero dada la erudita disertación sobre la materia que realiza ante el tribunal, el presidente le ordena que se marche, ya que tiene una preparación muy superior a la que se le exige. Pero antes de andar rodando por las pensiones y de presentarse ante el tribunal de enfermería, contrae un tipo de tifus, por el cual él lo padece pero no contagia a los demás. Llega pálido a la residencia y dando tumbos. Durante varios meses solo se alimenta con uvas peladas. Por otra parte, los mandamás del hospital, cuando se presenta a la ya citada oposición, quedan en darle un puesto mejor que el de auxiliar de enfermería, pero no cumplen su palabra. Benigno, ante esta nueva desilusión, no se queda de brazos cruzados y consigue entrar a trabajar en la oficina de recaudación de Oviedo y lo que es aún mejor, se presenta a las oposiciones de recaudador ganando una plaza. El resto las sacan los que tienen influencias. Benigno no puede desempeñar su trabajo en ese momento no sé muy bien el porqué y le reservan una vacante en años venideros. Pasado el tiempo, cuando ya estaba casado, le ofrecen el puesto a desempeñar en un pueblo de la región, pero Benigno no puede ir porque su mujer no quiere volver a vivir en un pueblo, ya que ella proviene de una aldea próxima a Galicia. Pero volvamos a los tiempos de su juventud. A los veintitrés años comienza a trabajar como empleado de la Diputación. Antes de esto realiza un brevísimo período militar a consecuencia de sus

pies planos. Tres meses son los que él está en el servicio militar, concretamente prestando servicios auxiliares. Como soldado, es un desastre. Siempre llega tarde a la formación y es en esta donde acaba de ponerse el uniforme y las botas. El alférez al que sirve, el cual está a las órdenes de un Coronel que le hace ser encargado de las marchas de los estudiantes, le nombra jefe de intendencia y le pone a su disposición dos camiones, uno de suministros y otro de treinta soldados. Con Benigno se acaba el estraperlo y se pasa a comer mejor, debido a la buena mano con la cocina de un boxeador, que ahora presta sus servicios como cocinero en la milicia. El alférez y Benigno hacen buenas migas. El primero de ellos es un hombre de gran religiosidad, que reza el rosario todos los días. Ve en Benigno a un hombre sincero, que no se queda a sus rezos, y, sin embargo, tiene que soportar a otros, que rezan el rosario con él por puro interés, ya que el alférez además de ser el superior es de una familia millonaria. Saltando de tema, parece que lo de hacer fechorías por parte de Benigno siempre viene acompañado de la existencia de una pared. Es así cómo un día salen sin permiso él y un amigo y son advertidos de la llegada de unos oficiales, a los que deben dar de comer. Entonces Benigno y su camarada tienen que saltar una pared de gran altura para volver a sus puestos sin ser sorprendidos. Al día siguiente van él y su amigo a ver la pared y quedan asustados de la gran altura que han sido capaces de saltar. Volviendo a reparar en la figura del alférez, éste era de una gran generosidad y todos los fines de semana, después de que los soldados hiciesen zafarrancho, les compraba en una cantina un bocadillo para cada uno sacado del dinero de su bolsillo. Con estos gestos, lo que conseguía era el tener la mejor compañía del Milán a la vez que se labraba la enemistad del resto

de oficiales, que estaban llenos de envidia. Unos años antes, en la residencia, a la edad de diecisiete años, entra a formar parte de la banda de música de la misma. Su director, Alejandro San Marcos, advierte en nuestro protagonista un gran talento para la música y así es, ya que sólo tarda seis meses en aprender a tocar el saxofón, proeza que se ve reflejada en la citada publicación del hospicio titulada El ideal de la juventud. Con la banda, van los hospicianos tocando de un lado a otro de la región. Benigno tiene fama de candoroso en lo que respecta al amor y es, por ello, por lo que el resto de compañeros de la banda le quieren hacer una jugarreta en lo concerniente a esta materia. Un día típico de verano, en Gijón, al chico le duelen los pies y quiere sentarse en algún sitio a descansar. Los compañeros idean una inocentada y le dicen que pueden ir a un bar, en la zona de Cimadevilla, donde lo atienden chicas con fama de ser un poco ligeras. Unos hospicianos le dicen, a espaldas de Benigno, a una chica que se acerque a él y lo comprometa. La chica va toda fresca y se insinúa, a lo que Benigno reacciona con un natural “¿qué quiere tomar?”. Los compañeros quedan pasmados, en boca del protagonista, y la chica toma la consumición llena de vergüenza. Digno de hacer un aparte en nuestra historia es la figura del director de la banda de música en la que están los hospicianos: Alejandro San Marcos. Hombre de gran talento musical, lo demuestra con la confección, en apenas un par de días, de todas las partituras que cantan las monjas de las Esclavas. Estas le encarga a él, como último recurso, que haga las partituras de todos los cantos que están acostumbradas a ejecutar a la vez que quieren que los interprete una banda de música; primero la del Milán, pero el director les dice que es imposible hacer todo ese trabajo en tan poco tiempo, luego La Banda Municipal de

Oviedo, a cuyo director le resulta imposible también hacer esa tarea y el cual las remite a la persona de San Marcos, como único capaz de hacer semejante proeza. Dichas partituras las acaba interpretando la banda de san Marcos en la fiesta que organizan las religiosas para celebrar la inauguración de uno de sus conventos en Oviedo. Otra anécdota que ilustra la enorme humanidad de este personaje se remite a los tiempos de La Guerra Civil. En aquel tiempo San Marcos va a su tierra, a Valencia, en la zona roja y es nombrado director de una cárcel. Allí ocurre lo siguiente. Los rojos quieren fusilar a un sacerdote que está encarcelado en la prisión que dirige San Marcos, pero él no da el permiso porque se opone con todas sus fuerzas a que presos de su cárcel acaben así. De esta forma, el sacerdote salva su vida. Finalizada la guerra, y ya en plena dictadura de Franco, le realizan a esta gran personalidad un juicio sumarísimo, en el cual su abogado busca testigos de forma desesperada para que testifiquen a favor de su persona. El letrado busca y encuentra al sacerdote al que San Marcos había salvado la vida y le pide que testifique a favor de este. Cuál sería la sorpresa cuando oyen de boca del clérigo que él no ayuda a ningún rojo, refiriéndose a San Marcos. El sacerdote no testificó, pero, a pesar de ello, San Marcos salió victorioso del juicio. La que no salió tan victoriosa fue su fe en Dios, la cual, desgraciadamente perdió por muchos años, debido al mal ejemplo del sacerdote, hasta que un día Benigno lo encontró por la calle y este le dijo que iba a la misa que se celebraba en una iglesia cercana a su domicilio. Ello provocó en su pupilo musical una gran alegría, el cual rezó mucho y bien para que su profesor nunca más perdiera la fe. Y damos fin a este relato sobre la vida de primero Beninin y, luego, Benigno diciendo que con el paso del tiempo aprobó una oposición de

funcionario del estado y que, poco más tarde, se casó con mi madre. Esta unión fue nefasta para mi padre y en ella se cumplió el dicho español de “el hombre propone, Dios dispone y la mujer descompone” Todo el resto de su vida fue un calvario atenuado, quizás, por haber tenido una hija a la cual frecuentemente le hablaba de Dios.